



Pasaporte a la dignidad

Mercedes de la Puerta
Profesora de Bachillerato

La clase había terminado. La sirena proclamaba a los cuatro vientos que era hora de irse para casa. De manera automática los resortes de los muchachos y muchachas se activaron. Mientras recogía mis bártulos ese ruido metálico de sillas y mesas contaminaba toda la escena. Recuerdo, ahora sonriendo, como a Paco, el grandote de la clase, le habían caído los libros de su mochila al apresurarse en demasía y acelerar su metrónomo interno.

Después de varias consultas puntuales, el aula se vació de su contenido máspreciado, momento que aproveché para preguntarme si todo lo que habíamos disfrutado durante esos cincuenta minutos se habría disipado de camino a los autobuses. Días después supe que no.

Lo cierto es que la sesión había sido muy “movida”. Habíamos realizado un debate, consecuencia de varias sesiones anteriores, bajo el título “¿Qué hace al hombre digno?” y la verdad, resultó la mar de interesante.

La participación a través de sus reflexiones, me enorgullecía. Esos adolescentes de pantalones caídos y camisetas con todo tipo de mensajes, estaban siendo capaces de estructurar principios fundamentales acerca de la dignidad y de lo que ello significa. Éxitos y fracasos de la humanidad se entremezclaban en las intervenciones: desde términos como tolerancia y fraternidad hasta tristes recordatorios hacia los Jermes Rojos o el Holocausto.

Entonces, ocurrió. Félix alza la mano y nos pregunta si creemos que cualquiera de nosotros podríamos convertirnos en ese militar que tortura, ese hombre que maltrata a su mujer, esa madre que abandona a su recién nacido,...

No quiere saber de lo anónimo, sino tratar de responderse por qué personas normales y corrientes son capaces de caer en la indignidad más atroz. Se pregunta cómo es posible que la conducta moral sea tan frágil, cómo es posible que el dolor ajeno satisfaga el propio, y cómo, en este justo momento, la dignidad humana es pisoteada de manera frívola por salvajes bípedos al margen de sociedades, al parecer, desarrolladas. En pocas ocasiones pude percibir cinco segundos de silencio tan productivos.

Las posteriores contestaciones se dirigieron hacia el miedo que provoca el no ser capaz de controlar la línea divisoria, que por otra parte es bastante gruesa, entre lo que nos humaniza y lo que nos animaliza. La opresión, la humillación, el sufrimiento, ... actuaciones baratas, lastres que el Hombre no ha sabido enterrar; el Mister Hyde de nuestro código genético incapaz de ser identificado y abortado por la evaluación y el progreso humano.

Llegamos a la conclusión de que el único antídoto posible era precisamente lo que estábamos haciendo, exponer situaciones, realizar comentarios y lograr consensos que nos responsabilicen de nuestras actuaciones para con los demás. La lucha por la dignidad, además de ser preceptivo que esté expuesta en convenios y declaraciones, es tarea de cada uno de nosotros, y en ello, la escuela tiene mucho que hacer. ■